

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO, 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO, 7

TELEFONO, 2979

REVISTA PEDAGÓGICA

ALEMANIA

La Asociación de Maestros alemanes.—No hace mucho ha celebrado esta Asociación de Maestros—que es, sin duda, la mayor de Europa—el cincuentenario de su creación. Fundada en 1871, a raíz de hacerse la unidad alemana, por un grupo pequeño de Maestros de Berlín, ha ido acreciendo el número de Maestros asociados de un modo rápido y firme, hasta llegar al número de 150.000 que actualmente constituyen la Asociación.

Esta, en la actualidad, es una federación, constituida por asociaciones parciales, entre ellas la de los 13.000 Maestros austriacos, adheridos últimamente a la Asociación alemana.

La Asociación ha representado siempre el espíritu de la unidad, tanto en el orden nacional como en el pedagógico, frente a las tendencias particularistas de los Estados y autoridades. Al mismo tiempo ha sido el portavoz de las ideas pedagógicas progresivas que actualmente están aplicándose.

Posee una revista pedagógica importante: «Die Deutsche Schule», que acaba de celebrar también el vigésimoquinto aniversario de su creación, y que es, acaso, la más leída de Alemania. Asimismo, es propietaria de un periódico semanal, «Allgemeine Deutsche Schrezeitung», que tiene una enorme influencia entre el magisterio alemán.

La Asociación celebra cada dos años una asamblea o congreso pedagógico general. Al verificado en 1914, en Kiel, acudieron 5.000 Maestros asociados. La guerra

ha traído los trastornos consiguientes, pero la Asociación ha conservado su actividad y alta reputación.

Cuenta la Asociación con diversos Comités de estudios pedagógicos, y una central que unifica las aspiraciones pedagógicas del magisterio alemán.

AUSTRIA

La Escuela reformada.—Es un hecho que en Austria han corrido parejas la revolución política y la pedagógica. A los Maestros se les indica el fin a que deben aspirar, pero no el camino para llegar a él. Los Maestros son libres para elegir formas y métodos: el caso es lograr el resultado apetecido.

Parte esencial de la Escuela reformada es que los niños no estén demasiado tiempo en el edificio escolar. Gran parte del tiempo destinado a la instrucción se emplea en paseos y excursiones.

Este es el eje alrededor del cual ha de girar casi todo: así se reúnen los materiales con los que se hacen las clases. Otro punto de la Escuela reformada es que no existen los libros de texto: lo mismo que los horarios, han sido desterrados como lúgubres anacronismos.

Con un poco de imaginación se verá cómo en estas excursiones puede encontrarse el material de innumerables lecciones. Un día va un grupo a la estación del ferrocarril; otro, a uno de los mercados de la ciudad para ver las compras y las ventas; otro, a los muelles del río, para ver descargar los barcos. Antes de la excursión hablan con el Maestro sobre lo que esperan, y se nombra a di-

ferentes niños para que atiendan a diferentes casos. Cuando vuelven, sus espíritus están saturados de preguntas infinitas: «¿Cuántas personas pueden viajar en los trenes que han visto salir y entrar?» Varios niños se han informado sobre el número de los coches, etc. (aritmética). «¿A qué lugares conducían las líneas del ferrocarril?» (geografía). «¿De qué clase de mercancías estaban cargados los vagones del tren?» (economía). «¿Cuándo se construyeron los primeros trenes, y cómo viajaba la gente antes de ellos?» (historia). «¿Qué es lo que hace mover a la máquina?» (ciencias).

El mercado es otra fuente de investigación deliciosa: y lo mismo puede decirse de cualquiera de las excursiones.

Los reformadores se han basado en la teoría de que los viejos métodos escolares producen niños holgazanes, porque las cuestiones que presentan están demasiado lejos de la vida del niño para despertar interés, mientras que en la otra forma todos los niños ven a su alcance las cosas que les interesan, las observan y se identifican con ellas. En fin, se despierta en los niños el afán por hacer cosas, y se les permite tomar parte en el trabajo, siempre que esté conforme con sus gustos y sus fuerzas.

Esperemos el resultado de estos ensayos, tal vez efecto de la nerviosidad en que ahora viven las gentes, pues bien pudiera suceder que las experiencias aconsejaran hacer de la libertad un uso más moderado.

FRANCIA

Frecuentación escolar.—En la prensa profesional lamentanse los Maestros de la irregularidad de la asistencia de los niños a las Escuelas, particularmente en la población rural. De esto vienen a deducir que en los campos la Escuela es un lujo. Los padres envían sus hijos a las Escuelas cuando los niños no tienen cosa más importante que hacer.

En los periódicos se refieren algunas anécdotas de padres que contestan con mucha frescura al Maestro que no va el niño a clase porque tiene ocupación en casa. De otro que anuncia irá el niño a la Escuela cuando llueva. Para los españoles, desgraciadamente, no es esto una novedad: pretextos para no ir a la Escuela los tenemos o inventamos en España con raro ingenio.

La diferencia está en que nosotros miramos con frialdad estas cuestiones, y en Francia se preocupan seriamente de dictar una ley mediante la cual la enseñanza sea verdaderamente obligatoria. Tienen una ley, que no se cumple; pero sus afanes son ahora buscar medios, sanciones eficaces, para que la ley tenga el debido cumplimiento, sin que los padres puedan burlarla por motivos muchas veces fútiles.

ITALIA

La Escuela al aire libre de Milán.—En sus comienzos, la Escuela al aire libre de Milán fué una Escuela privada, fundada en 1913 por iniciativa de la «Asociación por la Escuela», y situada en medio de hermosa campiña en una «villa» de la Edad Media, a pocos kilómetros de Milán. En 1914 tuvimos el gusto de visitarla.

Aquella Escuela, sin embargo, hoy está totalmente cambiada. Tiene edificios construídos expresamente para su objeto, y ocupa una superficie de 10.000 metros cuadrados, aproximadamente. Las clases de la Escuela (seis en total) están divididas en dos pabellones. En un tercero hay una gran palestra cubierta, un comedor y una cocina escolar. En el recinto de la Escuela hay un gran campo de juegos al aire libre, rodeado de alamedas; un bosque, una piscina para ejercicios de natación y un jardín escolar. Hay también, anejo a la Escuela, un gabinete de trabajo para el médico escolar.

La Escuela es ahora una Escuela pública. La Municipalidad de Milán costea sus gastos.

Los alumnos son admitidos en la Escuela después del reconocimiento del médico escolar. Cada Escuela tiene en la ciudad un médico escolar y una «enfermera-visitadora». Los alumnos se eligen entre los más raquíticos, los más débiles y los más anémicos. Los niños que padecen enfermedades contagiosas no son admitidos en la Escuela.

Todas las mañanas recoge los niños y las niñas en una plaza situada en el centro de la ciudad. Desde ella son conducidos en tranvía hasta la estación, desde donde parten hacia la Escuela. Permanecen allí desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. Reciben un alimento sano y abundante; a

mediodía una sopa y pan con carne y legumbres, o con queso, huevos, etc.; a las cuatro de la tarde, pan con miel, chocolate o fruta.

Antes de entrar a la Escuela, los niños se ponen en una de las salas un sencillo «maillot», un sombrero de lienzo y un par de zuecos. La luz, el aire y el sol deben hacer prodigios sobre los débiles cuerpos de los niños.

Cada clase tiene de 25 a 35 alumnos, cuando más. Las clases están abiertas todo el año, aun en tiempo de vacaciones. Los niños se refugian en los locales sólo en caso de mal tiempo o de grandes fríos; todo el día permanecen al aire libre, donde pasan hasta las horas de estudio en las praderas o en los bosques. No están obligados a hacer trabajos o estudios en casa; todo el trabajo lo realizan en la Escuela.

Para dar una idea completa del empleo del tiempo en la Escuela al aire libre de Milán, véase a continuación el horario que estaba en vigor durante el verano de 1919:

Ocho de la mañana, salida de Milán; ocho y cuarenta y cinco, llegada a la Escuela, aseo; nueve, estudio; nueve y media, gimnasia respiratoria y reposo; diez y diez, estudio; diez y cincuenta, ejercicios de educación física (trabajos en el jardín, duchas, baños de sol); once y treinta, comida; doce y quince, recreo; trece, lavado de manos y boca; trece y quince, reposo, sueño; catorce y quince, lavado; catorce y treinta, estudio; quince y diez, gimnasia, canto; quince y cincuenta, reposo; diez y seis, lecturas amenas, conversación; diez y seis y cuarenta, segunda comida; diez y siete, lavado y partida; diez y ocho, llegada a Milán.

«Nuestra Escuela al aire libre, como toda obra humana—dice M. Angelo Bronzi, en «L'Education»—, no es perfecta. Ni siquiera puede bastar a las necesidades de una gran ciudad como Milán. Pero va mejorando paulatinamente, siguiendo los consejos de la experiencia. El año próximo se edificará otra gran Escuela al aire libre muy cerca de Milán, y es de esperar que no está lejano el día en que todos los niños milaneses débiles tengan una Escuela especial donde no sólo se atiende a su espíritu, sino donde también reciban los cuidados científicos más completos para la salud de sus cuerpecitos.»

Cuál debe ser la edad escolar.—Luther Burgank, pedagogo americano, que acaba de cumplir setenta y tres años de edad, ha declarado recientemente, en un discurso pronunciado ante un grupo de profesores, que, en su concepto, los niños de cualquier sexo de las ciudades pequeñas no deben ser mandados al colegio antes de los diez años.

Me refiero—explicó—al niño que tiene la suerte de crecer en el único sitio que es realmente apropiado para desarrollar al niño o a la planta: el campo o la ciudad pequeña; mientras más cerca de la naturaleza, mejor. En el caso de los niños obligados a vivir en las grandes ciudades, las tentaciones son tan grandes, la vida tan artificial, el ambiente tan parecido al de un invernadero, que el niño debe ser llevado al colegio antes de esa edad como una medida de preservación.

Mr. Burgank dijo que estaba convencido de que el mismo tratamiento y el mismo cuidado necesarios para el desarrollo de la planta, eran esenciales para el desarrollo de la vida humana.

Toda la vida animal es sensible al ambiente; pero de todas las cosas vivientes, el niño es el más sensible, declaró. Lo que le rodea actúa sobre él de la misma manera que el mundo externo sobre la placa fotográfica. Toda influencia posible deja su marca en el niño, en muchos casos dominando la herencia. Literalmente, un niño absorbe su ambiente. Una influencia propiamente aplicada durante este período causaría efecto pronunciado, inmediato y permanente.

Puede señalarse, terminó diciendo, cualquier rasgo que se desee inculcar en un niño: honradez, lealtad, espíritu de trabajo, economía. Ofrecasele cariño, vida al aire libre, en comunión con la naturaleza, y suficiente y buen alimento, y el fin deseado se obtiene infaliblemente.

EL HOMBRE

Lecturas científicas sobre Anatomía, Fisiología e Higiene, por *D. Victoriano F. Ascarza*.

152 páginas, 57 grabados. Ejemplar, 1,25 pesetas.

Inspección de Primera enseñanza

XXX

LA DEL ALBA SERIA...

Todo está igual. Llevamos la cuenta de varias visitas al mismo pueblo, en años diferentes, y siempre hemos presenciado los mismos abandonos, al parecer incurables, al parecer hechos. voz de la tradición. Nada avanza. La política de mando, vinculada hace una serie de lustros en la misma familia, es quietud y es sordera: es el *pro domo sua*, sin que a esta especie de dinastía importe el que el sol asome todos los días para decirnos a todos que el mundo marcha...

* * *

Todo está igual. La Escuela, en desaire; la iglesia, con herrumbre y rota; la Casa capitular, hosca y fría; las calles, sin línea, sucias y malolientes... No hay nada que indique la acción consoladora del progreso; nada que denote espíritu de novedad y de reforma bienhechora. Decimos mal. Hay un coro que sube a las alturas: el coro de unos cuantos niños con las inspiraciones de un Maestro que siente las tristezas de la villa parda y eternamente dormida; el coro de una tibia constancia que invoca la acometida de las voluntades para que alcancen su triunfo todas las bellezas.

Y hemos visto a los principales de la localidad pasar las horas mascando la atmósfera de un casino, donde se aglomeran los vecinos para fomento de las mutuas críticas, y para disputarse la mugre de los naipes al amor de unos juegos que aderezan con palabrotas; y a los jóvenes, en rondalla, ser nota de escándalo; y las paredes abundosas en letreros y en fealdades; y mantener una verdadera enemiga a los árboles y a los pájaros; y... poner una mueca a toda advertencia que sea mandato de la salud. ¿Dónde está el Pueblo?—nos preguntamos. ¿Es esto? Aquí no hay ideales, y, al no haberlos, se carece de pulso. Y si se está sin pulso, ¿qué queda? Queda un espectáculo doliente: la pobreza de las cosas que ruedan al compás de la rutina para que dure así, eternamente, la noche de nuestros infortunios.

La villa duerme. La villa, en reposo, es la indiferencia; es el frío de un panorama sin las risas de la actividad; es la postura de los que se avinieron a la desgracia, y no saben forjar el gesto de una sacudida redentora. Un pueblo que no avanza no es un pueblo: es un estorbo. Un pueblo sin albañiles, y sin partidos de oposición, y sin el sostenimiento de una conducta dictada por el vigor, y sin una traza de costumbres mejoradas, y sin ponerse cara al tiempo... no es un pueblo: es una manada de gentes sin horizontes; es una desafinación. Hay ciudadanía cuando, como diría madame de Remusat, hay una moral severa y conmovedora; cuando al abrigo del deber, que se cumple y que se afirma, se obtiene el derecho sin que las voces del insulto medien en la conquista; cuando todos concurren en la conveniencia de que el carro de los destinos nacionales gane las alturas y gane el camino llano para correr con la dicha... La villa mira al pasado, y, en esta contemplación, cruza el presente para caer en un porvenir que la pondrá más fea, ya que los días dirán que, empeñada en quedarse atrás, atrás seguirá, quelonia y torpe. La villa no aprendió a erguirse; no aprendió a vestirse de guapezas, y que la perfección es una ley.

Todo está igual. Yo he contado, irónico, al alcalde estas palabras de Sancho cuando abandonó el gobierno de la ínsula Barataria: «En este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través...» Y el alcalde ha sonreído o porque no nos entiende, o porque al entendernos le tiene sin cuidado el reproche. Y el alcalde, a tono de la desobediencia, conservará el borroso cuadro, y la villa no levantará el vuelo para crearse en un cambio de color y para ser nota de agrado en el acuerdo de la esperanza, ganadora del espacio...

Maestro, cura y médico, vosotros que sois corazón y sentimientos; vosotros que

sois pensamientos y sois vida, ¡salvad la villa!

* * *

...; la Casa capitular hosca y fría. En un aparte de ella hay una mesa llena de

talonarios, y allí dos hombres, graves y estirados, cobran arbitrios municipales. Las gentes, en procesión forzosa, acuden y se lamentan, pagan y salen...

J. SALVADOR ARTIGA

DEL CERTAMEN DE AVILA

Un estudio sobre la Escuela rural española

(Continuación)

III

TERCER MAL.—LOS FRECUENTES TRASLADOS ::

¿Qué duda cabe que los traslados perjudican a la enseñanza?

Ordinariamente, el Maestro huye de los pueblos pequeños, de los alejados de la capital y de los muy distantes del ferrocarril.

Si las circunstancias le obligan a aceptar una Escuela en estas localidades, permanece en ella sólo el tiempo preciso para poder trasladarse a otra. Y hay pueblos que ven sucederse los Maestros con demasiada frecuencia, y esto les perjudica.

En primer lugar, porque el Maestro que está con el pie en el estribo (como suele decirse) no tiene interés en que mejore el local Escuela, ni en renovar el menaje, ni en la adquisición de material, ni en trabajar seriamente con sus discípulos. No espera ver el fruto de sus desvelos, y ni siquiera intenta comenzarlos.

Y en segundo lugar, porque aun suponiendo buenos deseos tanto en el Maestro entrante como en el saliente, y un cambio de impresiones sobre el estado de la población escolar (que rara vez se hace), el Maestro nuevo no tiene idea de dónde llegó el otro en la educación y enseñanza de cada alumno, para hacer por allí el empalme de su actuación. Necesita tiempo para saber por dónde iba el otro con el tajo; y esta labor es difícil, tratándose de un niño, más aún si es una Escuela de muchos niños. Mien-

tras esto se consigue ha de haber necesariamente pérdidas.

Como causas de este mal citaremos dos clases: Unas, de índole personal; otras, por falta de bienestar.

A) *Causas de índole personal.*—La incompatibilidad entre el Maestro y autoridades, o simplemente entre el primero y algún vecino, ocasionan un traslado. Otras veces son las afecciones familiares, que atraen hacia determinada provincia o región; ora la salud que se resiente en un clima que le es adverso; ya la necesidad de preparar una colocación o dar carrera a los hijos.

B) *Falta de bienestar.*—Como originarios del problema económico hay muchos traslados.

Hay pueblos donde se encuentran fácilmente lecciones particulares, o algún trabajo compatible con la clase, para aumentar el mezquino haber mensual. Hay pueblos generosos aún que manifiestan su agradecimiento al Maestro con frecuentes regalos. Otros, donde las cargas municipales (consumos, médico y botica) no afectan al Maestro. Otros, donde los artículos de primera necesidad se cotizan a módicos precios.

Muchos Maestros buscan en un traslado encontrar un pueblo de éstos; y otros se trasladan por variar de postura (según dijimos antes), pensando que peor no pueden ponerse.

CUARTO MAL.—MALA ORGANIZACIÓN ESCOLAR ::

Todo el que entienda un poco de estas cosas y haya dirigido como Maestro una

Escuela, habrá notado la enorme diferencia que hay entre una clase compuesta de niños homogéneos (intelectualmente considerados) y otra de alumnos heterogéneos (perdónese esta clasificación).

Nadie ignora tampoco que la primera clase es de tipo graduado, y la segunda de tipo unitario.

Este último es el característico de la Escuela rural.

En la clase unitaria todo son molestias para el Maestro y dificultades para la obtención de buenos resultados.

Si la Escuela es poco numerosa, recurrirá a la enseñanza individual, señalando, explicando y tomando la lección a cada niño.

Si la clase es numerosa se verá forzado a clasificar a los niños en grupos o secciones, haciendo luego con cada sección lo que haría individualmente con cada alumno.

Pero ya en marcha la clase, aparecen en seguida las macas de la organización. Mientras el Maestro trabaja con un grupo, los demás, no sólo no estudian, sino que, al hablar o moverse, producen un ruido poco tranquilizador. El tiempo que dedique a este grupo, interrumpido varias veces para poner orden, no puede ser mucho porque otros grupos esperan su turno. Cuando haya dado la vuelta a todos, el preceptor sentirá fatiga, pero no así los niños, porque aquél no consiguió hacer trabajar a éstos nada más que el tiempo que estuvieron con él.

Tiempo de trabajo del alumno en una Escuela unitaria: uno, grupos.

Si los grupos son seis, aquellos tunillos sólo trabajan un sexto del tiempo escolar. En seis días, uno; en un año, dos meses escasos; en la vida escolar, un año y dos meses.

Pérdida considerable, imputable a la organización unitaria.

La adopción de instructores... ¡está tan desacreditada!

Todos sabemos que la mayoría de los instructores ayudan a sus subordinados a perder lastimosamente el tiempo. Hay algunos que, poco instruídos, enseñan mal lo poco que enseñan, y cuesta más corregir este vicioso aprendizaje que enseñarlo de nuevo.

No hace muchos días mandé a un niño que tomara a otro de la mano para que fuera haciendo las cifras; pero al buen maestrillo se le ocurrió tomarle la mano izquierda, y con ella las hizo.

Veces hay que el pequeño instructor es fácilmente sobornado por algún niño de la sección, y, a cambio de una pluma inservible, una cerilla o una aceituna, le pasan la lección engañando al Maestro. Y esto es ya más perjudicial, porque a más de lo que se perjudica el niño que a esto se enseña, ¡cuántas veces estos sobornos hacen quedar mal al Maestro en los exámenes!

A más de esto, la disciplina se quebranta de un modo alarmante; porque el Maestro, atento a su trabajo en una sección o grupo, no puede atender a los demás, y si vigila desatiende a su sección, y a lo mejor éstos se ponen también a enredar mientras pone orden en los otros.

Pensando algunas veces sobre esto, la Escuela unitaria, con su Maestro, me recuerda aquel niño que, en medio de la calle, ha fabricado una balsa con cerco de barro. Es de ver con qué afán trabaja cuando el agua va minando poco a poco la consistencia de la pared y abre un boquete: acude solícito a taparle, pero otro se le hace más allá; apenas éste se ha cubierto con barro, otro nuevo se presenta; después, ya no es uno solo, son dos, tres, que la violencia de salida del agua va agrandando cada vez más.

El pobre niño corre de acá para allá para arreglar tanta salida, y cuando se convence de la inutilidad de sus esfuerzos, encuentra el único medio viable de- jando una salida, por donde, deslizándose el agua sobrante, se regulariza la marcha.

Esta es la solución que adopta el pobre Maestro rural en su desorganizada Escuela unitaria: dejar un boquete abierto para la salida del sobrante de energía de la actividad infantil.

Pero ¡cuánto mejor sería dedicar más operarios para contenerla, primero, y encauzarla, después, hacia el motor de su perfección!

Pero ¡y los pequeñines?
¿No da lástima, señores, tener sujetos y sin hacer nada a niños todo actividad, todo movimiento? Qué compasión siento por esos infelices recién ingresados a quienes se entrega un abecedario y se les dice de continuo: «¡Vamos a estudiar!», y los pobrecillos empiezan, pero nunca acaban su lección.

Y hay en esto un mal, peor que a primera vista parece. A estos pequeñitos hay que concederles un poco de libertad; lo contrario sería inhumano. Pero después

se acostubran a ir a clase a jugar, y
¿quién les desarraiga esta viciosa cos-
tumbre?

Causas de la mala organización son:
A) Falta de estudio.
B) Falta de recursos.

La falta de estudio de estas cuestio-
nes es causa de que el Ministro sepa lo
que es una Escuela unitaria sólo por los
libros. Pero hace falta verla, sentirla,
vivirla: hace falta que venga el legisla-
dor y se ponga en contacto con la Es-
cuela rural; y si quiere apreciar las ex-
celencias de la organización unitaria,
que esté ocho días en una Escuela de un
centenar de niños. (Las hay hasta de 170
en esta provincia).

Si se estudiara a conciencia esta orga-
nización, desaparecería como desaparece
la nieve al contacto del calor.

La falta de recursos nos trae a mal
traer. Hay multitud de Escuelas que tie-
nen pedida la graduación; Escuelas que
verdaderamente la necesitan; Escuelas
numerosas (en matrícula), que tenerlas
con un solo Maestro es un crimen para
los niños y un matadero para el Maes-
tro. Pero como la graduación no se hace
sin tener locales *ad hoc* (exigencia con-
traproducente), y para hacer locales hay
que gastar unos miles de pesetas, las ta-
les Escuelas se quedan sin graduar, aun-
que los niños queden en su mayoría anal-
fabetos, y al preceptor haya que llevarle
al hospital o al manicomio.

¡Cosas de España! En cambio se dedi-
can 150 mil pesetas para combatir el anal-
fabetismo. No hay dinero para comba-
tirle en su origen por medios ordinarios,
y luego se le pretende combatir por me-
dios extraordinarios. No entiendo estas
cosas.

MAL QUINTO.—LAS NEGLI- GENCIAS DEL MAESTRO

Hay días que causas justificadas im-
piden al Maestro tener abierta la clase;
pero hay otros que pudiera abrirse y no
se abre.

Hay días que es un niño mayor el que
dirige la Escuela, y no hace falta de-
cir lo que aquélla será, cuando el Maes-
tro, revestido con la autoridad de su car-
go y de sus años, se ve mal para conser-
var la disciplina. Hay días que la Es-
cuela se abre demasiado tarde y se cie-
rra demasiado pronto. Hay Maestros

que se pasan las horas de clase leyendo
o fumando, sin hacer caso de sus peque-
ños; hay otros que abusan demasiado de
los instructores, permaneciendo ellos muy
sentados; los hay que, preocupados por
asuntos ajenos a la Escuela, miran reite-
radamente al reloj, señal inequívoca de
que sienten deseos de salir pronto; hay
quien está siempre con cara de disgusto,
malhumorado, ahuyentando en vez de
atraer; hay quien reprende a los niños
con modales bruscos y palabras gruesas;
hay quien los castiga corporalmente con
bastante dureza.

Hay quien enseña todavía a hacer pa-
lotes, eles y jotas; hay quien enseña a
hacer números y no cifras; hay quien no
procura que desaparezca el tonillo en la
lectura; hay quien no explica las lec-
ciones; hay quien (como dice el P. Ruiz
Amado) «da piedras en lugar de pan»,
porque no da ideas sino palabras; hay
muchos que se preocupan más de la ins-
trucción que brilla que de la educación
que vale. Y, finalmente, hay Maestros a
quienes la necesidad obliga a decir las
faltas de sus compañeros y las propias,
como me ocurre a mí ahora.

Causas de este mal: A) Deficiente
preparación remota.

B) Insuficiente preparación próxima.

A) Deficiente preparación remota.—Si
la preparación para desempeñar un em-
pleo ha de estar en relación con lo difí-
cil del cargo (y esto ¿quién lo duda?),
¿qué preparación será necesaria para la
dificilísima tarea de hacer del inconscien-
te infante un hombre consciente?

Ciencias, Letras, Filosofía, Religión,
Pedagogía; pero no para aprender estas
materias sólo, sino para enseñarlas des-
pués, que es lo difícil.

Para esto eran pocos los dos años que
se estudiaban antes; han sido poco los
tres años que se estudiaron después, y
son insuficientes los cuatro que se estu-
dian ahora.

Además, las Normales hoy día llevan
vida lánguida, y necesitan todo el tiem-
po disponible para la parte teórica. Pero
¿y la práctica, que es lo principal?

Cuando un Maestro entra por primera
vez en su Escuela, ve lo poco que sobre
organización escolar aprendió en la Nor-
mal. ¿Como que no sabe por dónde em-
pezar!

B) Insuficiente preparación próxima.
Quisiera equivocarme, celebraría estar en

un error, pero creo que el 90 por 100 de los Maestros no preparan las lecciones.

Y aquí sale sin pensarlo otro inconveniente de la Escuela unitaria.

¿Quién es el que puede preparar las lecciones de todos los grupos que actúan en una Escuela rural? Estos, Gramática (preparación), mientras aquéllos tienen Aritmética (práctica); este grupo Historia (estudio), mientras aquél tiene la Lectura.

Si fuera, en cambio, una graduada: hoy esta única lección que prepararé con calma, y los niños tienen la ventaja, mientras el Maestro siente la satisfacción del deber cumplido.

Pero volviendo a nuestro asunto, el Maestro, además de preparar las lecciones, debe prepararse él para la clase. Ha

de ser exacto, puntual, disciplinado para que sus alumnos observen disciplina; ha de guardar orden y método en todo; para dar ejemplo a sus niños; ha de ser paciente, justo, cariñoso, para atraerlos, y no soberbio, injusto, áspero para ahuyentarlos; ha de dedicarse por entero a sus niños, sin reservas, sin pensar en otra cosa que en su Escuela y sus alumnos, y por último, ha de recordar a menudo, diariamente a ser posible, estas cosas para que no se le vayan de la memoria.

¿Y cuántos Maestros hacen este ejercicio de preparación diaria?

Y vuelvo a repetir, quisiera equivocarme, pero deben ser muy pocos.

JULIAN GIL ALVAREZ

Maestro de Navarredonda (Avila).

(Continuará.)

Crónica General

De Marruecos

«Sin novedad en los territorios de Ceuta, Tetuán y Larache.

En el de Melilla, fuerzas de la Policía reconocieron el Sellum, rescatando ganado que había sido robado a moros amigos, y persiguiendo a los ladrones, que se internaron en la zona francesa.»

Las Cortes

En el Senado continúa el debate acerca del proyecto de ley relativo a la profilaxia pública de las enfermedades evitables.

—En el Congreso hubo dos debates interesantísimos: el primero se refería a la actuación del Director de Orden público; el Sr. Sarradell demostró cómo el Sr. Millán de Priego, interpretaba arbitrariamente el art. 22. Refirió varios casos de atropellos efectuados por dicho señor, y culpa a debilidad del Ministro de la Gobernación el que continúe en el cargo.

Se pone a discusión el dictamen de la comisión que entiende en el expediente Picasso sobre el derrumbamiento de la Comandancia de Melilla.

El Sr. Prieto, en larguísimo discurso, defendió su voto particular, refiriendo todo lo que ya sabemos por el expediente Picasso.

Alude al avance de las tropas sobre Annual, y pregunta quién lo ordenó. Dice que las Reales órdenes del Sr. La Cierva, limitando las funciones del ins-

tructos del expediente, son un muro infranqueable que se ha levantado para tapar algunas responsabilidades. Lo mismo que se sabe que las Reales órdenes no son obra exclusiva del Sr. La Cierva; fueron resultado de un acuerdo del Consejo de Ministros. Y sospecho que las Reales órdenes constituyen una obra profundamente conservadora. Porque era lógico que si las responsabilidades se hacían extensivas al general Berenguer, éste descorrería el velo, enseñando toda la trama de la política que se seguía en Melilla.

No recogeré lo que vosotros llamáis siempre rumores del arroyo; el mismo fiscal del Supremo no puede determinar quién ordenó la operación de Alhucemas, y afirma que el general Silvestre estuvo en Madrid. De ello deduce el orador que quien le ordenó al general Silvestre la operación de Alhucemas fué el Rey.

La fatalidad es un ente demasiado difuso para que carguemos sobre él todas las responsabilidades.

En primer lugar, debe hacerse responsable al general Berenguer, que era el general en jefe de todas las fuerzas de Marruecos. Las equivocaciones del general Silvestre no pueden disculparle. El militar debe conocer la idiosincrasia de sus subordinados.

Es además inadmisibile la idea de que el general Berenguer no conociera las operaciones proyectadas por el general Silvestre. Algunos documentos que le demuestran que el plan del general Silvestre no le era desconocido al general Berenguer.

El Magisterio Español.—Apartado, 131.